





CLÁSICOS  
**B**

Título original: *La Dame aux camélias*  
Traducción: Nuria González Esteban  
1.ª edición: octubre, 2016

© Ediciones B, S. A., 2016  
Consell de Cent, 425-427 – 08009 Barcelona (España)  
[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

Diseño de portada e interior: Donagh I Matulich

Printed in Spain  
ISBN: 978-84-9070-290-1  
DL B 15999-2016

Impreso por NOVOPRINT  
Energía, 53  
08740 Sant Andreu de la Barca – Barcelona

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

# **LA DAMA DE LAS CAMELIAS**

ALEJANDRO DUMAS, hijo

CLÁSICOS





## CAPÍTULO I

En mi opinión, no se pueden crear personajes sino después de haber estudiado mucho a los hombres, del mismo modo que no se puede hablar una lengua sino se la ha aprendido seriamente.

Como todavía no he llegado a la edad de inventar, me limito a relatar.

Le pido, entonces, al lector que se convenza de la realidad de esta historia, cuyos personajes, a excepción de la heroína, todavía viven.

Por otra parte, hay en París testigos de la mayor parte de los hechos que aquí recojo, y que podrían confirmarlos, si mi testimonio no bastara. Por una circunstancia particular solo yo podía escribirlos, porque solo yo fui el confidente de los últimos detalles, sin los cuales hubiera sido imposible hacer un relato interesante y completo.

Pues bien, veamos cómo llegaron a mi conocimiento esos detalles.

El 12 de marzo de 1847 vi en la calle Lafitte un gran cartel amarillo en que se anunciaba la subasta de unos

muebles y otros curiosos objetos de valor. Dicha subasta tenía lugar tras un fallecimiento. En el cartel no figuraba el nombre de la persona muerta, pero la subasta iba a llevarse a cabo en la calle Antin, número 9, el día 16, de doce a cinco de la tarde.

El cartel indicaba, además, que el 13 y el 14 se podía ir a ver el piso y los muebles.

Siempre he sido aficionado a las curiosidades. Me prometí no perderme aquella ocasión, ya que no de comprar, por lo menos de ver.

Al día siguiente me dirigí a la calle Antin, número 9. Era temprano y, sin embargo, ya había gente en el piso: hombres e incluso mujeres, que, aunque vestidas de terciopelo, envueltas en cachemira y con elegantes cupés esperándolas en la puerta, miraban con asombro y hasta con admiración el lujo que se ostentaba ante sus ojos.

Más tarde comprendí aquella admiración y aquel asombro, ya que, al ponerme a observar yo también, advertí sin dificultad que estaba en la casa de una cortesana. Y si hay algo que las mujeres de mundo desean ver —y allí había mujeres de mundo— es el interior de las casas de esas mujeres, cuyos carruajes salpican los suyos a diario; que tienen, como ellas y a su lado, un palco en la Ópera y en los Italianos, y que ostentan en París la insolente opulencia de su belleza, de sus joyas y de sus escándalos.

Aquella en cuya casa me encontraba había muerto: las mujeres más virtuosas podían, entonces, entrar hasta en su dormitorio. La muerte había purificado el aire de aquella espléndida cloaca, y además siempre tenían la excusa, si la hubieran necesitado, de que iban a una subasta sin saber a casa de quién iban. Habían leído los carteles, querían ver lo que los carteles prometían y elegir por anticipado: nada más



sencillo. Lo que no les impedía buscar, en medio de todas aquellas maravillas, las huellas de su vida de mantenida, de la que sin duda les habían referido relatos muy extraños.

Por desgracia, los misterios habían muerto con la diosa y, pese a toda su buena voluntad, aquellas damas no lograron sorprender más que lo que estaba en venta después del fallecimiento, y nada de lo que se vendía en vida de la inquilina.

Por lo demás, no faltaban cosas que comprar. El mobiliario era soberbio. Muebles de palo de rosa y de Boule, jarrones de Sèvres y de China, estatuillas de Sajonia, raso, terciopelo y encaje, nada faltaba allí.

Me paseé por la casa y seguí a las nobles curiosas que me habían precedido. Entraron en una habitación tapizada de tela persa, a la que iba a entrar yo también, cuando salieron casi al instante, sonriendo y como si les diera vergüenza aquella nueva curiosidad. Por ello deseaba yo más vivamente penetrar en aquella habitación. Era el cuarto de baño, revestido de los más minuciosos detalles, en los que parecía haberse desarrollado al máximo la prodigalidad de la muerte.

Encima de una mesa grande adosada a la pared, una mesa de seis pies de largo por tres de ancho, brillaban todos los tesoros de Aucoc y de Odier. Era aquella una magnífica colección, y ni uno solo de esos mil objetos tan necesarios para el cuidado de una mujer como aquella en cuya casa nos hallábamos, estaba hecho de otro metal que no fuera oro o plata. Sin embargo, una colección como aquella solo podía haberse formado poco a poco, y no era el mismo amor el que la había completado.

Como a mí no me asustaba ver el cuarto de baño de una cortesana, me distraía examinando los detalles,

cualesquiera que fuesen, y me di cuenta de que todos aquellos utensilios, magníficamente cincelados, llevaban iniciales distintas y adornos diferentes.

Iba mirando todas aquellas cosas, cada una de las cuales se me representaba como una prostitución de la pobre chica, y me decía que Dios había sido piadoso con ella, porque no había permitido que llegara a sufrir el castigo más vulgar, y la había dejado morir en medio de su lujo y su belleza, antes de la vejez, esa primera muerte de las mujeres de vida alegre.

Porque, ¿hay espectáculo más triste que la vejez del vicio, sobre todo en la mujer? No encierra dignidad alguna ni inspira ningún interés. Ese eterno arrepentimiento, no ya del mal camino seguido, sino de los cálculos mal hechos y del dinero mal empleado, es una de las cosas más tristes que se pueden oír. Conocí una antigua mujer galante, a quien ya no le quedaba de su pasado más que una hija casi tan hermosa, según sus contemporáneos, como había sido la madre. Aquella pobre niña, a quien su madre nunca le había dicho «eres mi hija» más que para ordenarle que sustentara su vejez como ella había sustentado su infancia, aquella pobre criatura se llamaba Louise y, obedeciendo a su madre, se entregaba sin voluntad, sin pasión, sin placer, como hubiera trabajado en un oficio, si hubiesen pensado en enseñárselo.

El espectáculo continuo del desenfreno, un desenfreno precoz, alimentado por el constante estado enfermizo de la muchacha, apagó en ella el discernimiento del bien y del mal, que tal vez Dios le había concedido, pero que a nadie se le ocurrió desarrollar.

Nunca olvidaré a aquella muchachita, que pasaba por los bulevares casi todos los días a la misma hora. Su madre

la acompañaba siempre, tan asiduamente como una verdadera madre hubiera acompañado a su verdadera hija. Yo era muy joven entonces, y estaba dispuesto a aceptar la fácil moral de mi siglo. Recuerdo, sin embargo, que el espectáculo de aquella vigilancia escandalosa me inspiraba desprecio y rechazo.

Sumemos a ello que nunca un rostro de virgen dio tal sensación de inocencia, tal expresión de sufrimiento melancólico.

Parecía una imagen de la Resignación.

Un día el rostro de la muchacha se iluminó. En medio del desenfreno programado por su madre, le pareció a la pecadora que Dios le otorgaba una satisfacción. Y, al fin y al cabo, ¿por qué Dios, que la había creado sin fortaleza, iba a dejarla sin consuelo bajo el peso doloroso de su vida? Un día, entonces, se dio cuenta de que estaba embarazada, y lo que de casto había aún en ella se estremeció de gozo. El alma tiene extraños refugios. Louise corrió a anunciarle a su madre la noticia que tan feliz la hacía. Da vergüenza decirlo, aunque no estamos hablando aquí de la inmoralidad por gusto: estamos contando un hecho real, que tal vez haríamos mejor en callar, si no creyéramos que de cuando en cuando es preciso revelar los martirios de esos seres a quienes se condena sin oír y se desprecia sin juzgar; da vergüenza, decimos, pero la madre le respondió a la hija que ya no les sobraba nada para dos y que no tendrían bastante para tres; que esos hijos son inútiles y que un embarazo es una pérdida de tiempo.

Al día siguiente, una comadrona, a quien designaremos solo como la amiga de la madre, fue a ver a Louise, que se quedó unos días en la cama, y volvió a levantarse más débil y más pálida que antes.

Tres meses después un hombre se compadeció de ella y emprendió su curación moral y física; pero la última sacudida había sido excesivamente violenta, y Louise murió a consecuencia del aborto.

La madre vive todavía: ¿cómo? ¡Sabe Dios!

Esta historia me vino a la memoria mientras contemplaba los estuches de plata y, al parecer, en estas reflexiones debió de pasar cierto tiempo, pues ya no quedábamos en la casa más que yo y un vigilante, que desde la puerta observaba con atención que no me llevara nada.

Me acerqué a aquel hombre, a quien tan graves recelos inspiraba.

—¿Podría decirme —le dije— el nombre de la persona que vivía aquí?

—La señorita Marguerite Gautier.

Conocía a esa joven de nombre y de vista.

—¡Cómo! —dije al vigilante—. ¿Ha muerto Marguerite Gautier?

—Sí, señor.

—¿Y cuándo ha sido?

—Creo que hace tres semanas...

—¿Y por qué permiten visitar el piso?

—Los acreedores han pensado que así subiría la subasta. La gente puede ver de antemano el efecto que hacen los tejidos y los muebles. Eso anima a comprar, ¿comprende?

—¿Ah, tenía deudas?

—¡Oh, sí, señor! Y no pocas.

—Pero seguramente la subasta las cubrirá, ¿no?

—Y sobrará.

—¿Entonces quién se llevará el resto?

—Su familia.

—¿Ah, tiene familia?

—Eso parece.

—Muchas gracias.

El vigilante, tranquilo ya respecto de mis intenciones, me saludó y salió.

«¡Pobre chica! —pensaba mientras volvía a mi casa—. No ha debido de morir muy alegremente, pues en su mundo no hay amigos más que cuando uno está bien.»

Y, sin querer, no podía menos de compadecerme de la suerte de Marguerite Gautier.

Quizá le parezca ridículo a mucha gente, pero siento una indulgencia inagotable por las cortesanas, y no pienso tomarme la molestia de andar dando explicaciones sobre tal indulgencia.

Un día, cuando iba a recoger un pasaporte a la comisaría, vi cómo, en una de las calles adyacentes, dos gendarmes se llevaban a una chica. Ignoro lo que había hecho: lo único que puedo decir es que lloraba a lágrima viva, mientras abrazaba a un niño de pocos meses, de quien su detención la separaba. Desde aquel día ya no he podido despreciar a una mujer a simple vista.